

¡Es imposible un armisticio!

El pueblo en armas no cederá hasta que el triunfo de la revolución esté totalmente consolidado, pase lo que pase y cueste lo que cueste. ¡Morir antes que parlamentar con criminales y traidores!

Inteligencia entre lo intelectual y lo manual

El momento revolucionario ha creado aquello que siempre fué necesario para el desenvolvimiento armonioso de aquellos obreros equidistantes de la razón fisiológica y humana, por la mera circunstancia del intelecto. Esto sucedía con frecuencia en todos los órdenes de la vida, y esto ya no podrá suceder en las jornadas próximas. Aquel bedel de Instituto que se sobrecogía de pánico cuando entraba el director o el catedrático; aquel ordenanza de Ministerio que también se espantaba cuando hacía su entrada en el despacho oficial el Ministro o el Secretario; aquel oficial albañil o peón que se impresionaba cuando en el tajo veía al arquitecto o ingeniero, todos, ahora, no verán en el nuevo compañero a la fama, al monstruo intelectual, verán a su hermano catedrático, a su hermano burócrata, a su hermano ingeniero, a unos hermanos ideales.

Antes de este momento revolucionario ya el trabajador intelectual empezó a darse cuenta de la aproximación que era necesaria entre él y el considerado manual. J. Eugenio Ribera, inspector general de Caminos y profesor de la Escuela de Ingenieros, en su libro «En mi última lección, establezco mi balance profesional», ya da unas consignas de convivencia, aconsejando con gran realidad cuál es la función de los nuevos ingenieros. Así dice en su párrafo final: Aunque sepáis mucha Matemática, no incurráis en pedantería; pues, más que problemas científicos, tendréis que poner a contribución el buen sentido. Más que sabios, deberéis ser gerentes. Sed valerosos, cívica y profesionalmente, pues un ingeniero no debe ser pusilánime; no temáis, pues, las responsabilidades, cuando éstas están fortalecidas por honradas convicciones y el austero cumplimiento de vuestros deberes, ya que no es solo punible el delito, sino la pereza o la cobardía que lo consiente. Para ello, sed buenos y justos, sobre todo con los obreros, y contribuid eficazmente a suavizar y resolver el más apremiante de los problemas: el de la Justicia social.

Antes que ingenieros y antes que funcionarios, habréis de ser hombres y ciudadanos. Sólo así conseguiréis la íntima satisfacción, que es el premio que debe perseguir todo hombre consciente y honrado.

No hemos de darnos cuenta ahora nosotros de que estos consejos sanos de este hombre jubilado por el Estado, no hayan sido puestos en práctica por alguno de los trabajadores intelectuales. No importa, porque si entonces no lo hicieron, fué porque ellos también estaban minados por el capitalismo, y actuaban como fieles esclavos o como soberbios petulantones de una condición social que nada podía ser sin la convivencia con los trabajadores manuales.

El odio al intelectual fué el eco del mismo odio al trabajador. Fué más amplio y más ejecutivo en la revolución rusa que en lo que España puede ser. En los momentos revolucionarios de Rusia, el trabajador aquél, más vejado y más explotado que el trabajador español, hizo tabla rasa de aquella intelectualidad y la eliminó definitivamente, para después tener que recurrir al intelectual extranjero y pagarlo a peso de oro. Nosotros, más sensatos o con una visión respecto aquello, no hemos hecho esto ni lo haremos, mientras este trabajador no sea un fascista activo. Haremos lo que ya hemos empezado a hacer, a decirles a esos trabajadores que su puesto está aquí, en los Sindicatos, y que aquí encontrarán al compañero, que ejecutará con su esfuerzo aquello que su intelecto conciba, pero jamás lo encontrará el páramo de la confusión y en su individualismo.

La Confederación Nacional del Trabajo no puede decir que se honra de que en sus filas esté encuadrado el gran sabio Marañón, pero lo que sí puede decir, es que cada día que en nuestras filas ingresa un hombre íntegro, un hombre de cultura, un apolítico o una persona decente, experimenta una íntima satisfacción, porque ellos llegan a nosotros porque vieron en nuestras convicciones y postulados algo que para sus conciencias era asequible. El sólo título de nuestra gran sindical, dice claramente lo que es, una gran organización donde caben todos los trabajadores, el sabio, el ingeniero, el doctor, el peón, el albañil, todos, en definitiva, menos los vividores, los burgueses y los insensatos.

Y lo mismo que en 1931 decía el insigne ingeniero Ribera en los momentos de su jubilación a sus alumnos y compañeros, nosotros en 1936 decimos: No nos jubilamos como tú, Ribera; empezamos a vivir con la gente nueva y con los viejos de la promoción canetista, la nueva era reconstitutiva de España bajo unos auspicios revolucionarios. Los que a nosotros llegan, vivirán lo que tú quisiste que vivieran los alumnos de la Escuela de Ingenieros, la Justicia social. Sea, pues, tu coincidencia de entonces, la que haga llegar a nosotros los hombres, pero que ninguno venga por tener que venir; que vengan, como suelen llegar a los tiempos revolucionarios sus hombres, con vergüenza, con dignidad y con la satisfacción de que servirán en nuestro seno a los justos y a la revolución.

Solidaridad revolucionaria

Unidad de acción entre los trabajadores del campo y de la ciudad

No puede existir una industria próspera, sin un campo rico. La agricultura ha de ser la base de la grandeza económica de la revolución. Las industrias del campo consumen, en gran parte, los productos industriales que se fabrican en el país. Por ejemplo, la maquinaria agrícola y los abonos, representan, en el sector industrial nacional, la producción más importante. La agricultura no sólo aporta al consumo los productos naturales de la tierra, sino que sus derivaciones abarcan un sector industrial de inmensas proporciones, y en economía es algo básico que precisa cuidar de manera especial.

Se impone, pues, la unidad económica y de acción conjunta de los trabajadores de la ciudad y del campo. Porque, además de las ramificaciones ya expuestas, el campo es la base de la sustentación de la nación en general. El apartamiento que ha existido hasta hace poco entre el proletariado del campo y de la ciudad, era un absurdo que no puede continuar. Ambas ramas del proletariado tienen intereses comunes tan ligados entre sí, que exigen una acción de conjunto. Precisa desterrar las viejas fórmulas, para organizar de manera distinta el proletariado. Se impone el apoyo mutuo de acción y de conjunto, porque los problemas que plantea la nueva economía revolucionaria, exigen una penetración absoluta en una obra de cultura, de producción y de distribución de los productos.

Terminadas las luchas sociales de otro tiempo, la acción destructiva del proletariado contra la burguesía debe trocarse en una acción constructiva.

Sobre el proletariado pesa hoy la responsabilidad de guiar la economía, que está en nuestras manos. La riqueza es hoy del pueblo. Desposeída la burguesía, nuestro deber es crear una acción y una cultura revolucionaria, que nos adiestre en el conocimiento de los grandes problemas económicos que hemos de vivir. Por eso se impone la acción conjunta del proletariado del campo y de la ciudad. En este sentido debe orientarse enérgicamente la acción de los trabajadores.

NUESTRO LEMA

¡POR LA VICTORIA! ¡ADELANTE!

Para vencer es necesario ir al frente. Para conquistar la victoria es necesario tener confianza en ella. La estrategia, la moral y el armamento son las condiciones fundamentales para derrotar a los ejércitos facciosos. Actuemos con táctica. Galvanicemos intensamente nuestra moral, y los ejércitos antifascistas, espíritu y latido del pueblo, destrozarán a las huestes de Franco, Mola y Queipo de Llano. Sólo así, Madrid será la tumba del fascismo. El heroísmo, bien aplicado a la batalla, abrirá, con sus avances, miles y miles de fosas para los rebeldes. Hay que iniciar la ofensiva general en todos los frentes del Centro, a fin de distraer la concentración de fuerzas sobre Madrid. Son horas que, por su eficacia, condensan el tiempo de siglos. Todo un futuro de progreso, libertad e igualdad social y económica. Todo un futuro de barbarie, tiranía y depotismo. Estos minutos sintetizan una nueva Era o un pasado bochornoso. Sacrifiquémonos a la Historia y a nosotros mismos. Todos sobre la palanca del triunfo. Su fuerza invicta rendirá al Mundo y a la España libre. ¿Qué importa la vida? ¿Para qué amarla tanto para ser esclavo del señor? ¿Qué deberes tendremos existiendo la explotación capitalista? El trabajo de parias azotados. ¿Y qué derechos? Libertad para morinos de hambre

y poner las costillas al látigo burgués. ¿Entonces?... Impongámonos un lema: despreciar la vida hasta dignificarla victoriosamente con todos sus derechos y deberes. Nadie tenga miedo. La cobardía es propia de los que no tienen nada que defender.

Nosotros, por conservar nuestra vida y afirmar las libertades conquistadas, debemos morir o vencer. No ir a la línea de fuego para conseguir este objetivo, es perder la vida y la libertad en la represión sangrienta. Asturias es un recuerdo vivo. ¡Grabadlo en la sangre, corazones nobles! Ellos, la masa amorfa, los fanatizados, tienen fe en Dios; nosotros en la revolución. No pensemos nunca en la represión, que imaginario es sentir crujir la carne proletaria. Esta guerra es una lucha a vida o muerte. ¡Ay de los vencidos!... ¡Compañeros: que el polvo de Villalar no caiga sobre nuestros cuerpos vivos! No perdamos la batalla por la espalda. Seamos lo suficientemente fuertes para ganarla con el pecho encallecido por el parasitismo capitalista. Si queremos vencer, venceremos. Y, un día, los campos melancólicos de Castilla cubrirán con el manto de barro y

Leed todas las semanas
¡ADELANTE!

cieno, del Verdún español, los campos inmundos de los mercenarios y sus tratantes. Algunos dirán: «Qué bien se habla y torrea dede la barrera. No es lo mismo decir que hacer.» Nosotros, al escribir estas líneas les damos razón y fuerza diciendo: «No son momentos de discusión, sino de acción. No son segundos para teorizar, sino para actuar.» Por lo mismo, estamos dispuestos e iremos, con serenidad, a convertir las letras en armas. A veces, el intelectual, por ser más consciente, es más valiente que un trabajador manual ignorante de su misión histórica, de su responsabilidad en la victoria o en la derrota. Hoy nos llama la línea de fuego a todos, porque nos necesita para salvar nuestra vida, la hacienda y la honra de las pezuñas de esos señoritos de «horca y cuchillo».

Los que tenemos que ir, es necio tenerlo que pensar. El pueblo sólo tiene un camino cuyo itinerario dice «Marchar». Pero, una vez en el frente, seamos lo suficientemente disciplinados para que todos nuestros movimientos tengan una acción uniforme. Obedezcamos la voluntad del mando estratégico como la máquina al músculo y cerebro. En la línea de fuego no se discuten las órdenes: hay que obedecerlas, como autómatas, porque las circunstancias lo imponen. El Gobierno de alianza revolucionaria es el único que tiene razón. Porque realiza el mando único, la milicia única, la ofensiva única, y, en fin, porque será el Gobierno del triunfo y de la victoria.

¡Adelante!... ¡Por la victoria!
Abraham GUILLEN

La maquinaria agrícola es una posibilidad para la colectivización, pero no es imprescindible

El tractor, la trilladora, la regadora y demás maquinaria para el laboreo agrícola, son otras tantas fortificaciones tras las cuales se parapetan los adversarios del colectivismo en el campo, como si la colectivización de los labores agrícolas significara la imprescindible necesidad del empleo de la maquinaria. La realidad es muy distinta, como probaremos de demostrar en el transcurso de este artículo.

A nadie queremos discutirle el derecho a opinar en contra del colectivismo propugnado por la C. N. T., pero sí que nos creemos con el derecho de pedir el mínimo de nobleza y sinceridad que todos hemos coincidido en reconocer que es imprescindible para el buen desenvolvimiento de la Revolución que está llevando a cabo el proletariado español.

Aunque se nos tache de pesados, remarcamos nuevamente que el colectivismo en el campo no se puede tratar de la misma manera que en las industrias. El colectivismo agrícola no significa otra cosa que la unificación del esfuerzo productivo de los campesinos para que sea posible un mayor rendimiento del esfuerzo industrial, con el empleo de métodos de cultivo que son incompatibles o impracticables con el sistema de «régimen familiar». Esto, que nuestra pluma lo escribe de memoria, de tanto repetirlo, es lo que se callan los impugnadores del colectivismo agrícola.

Si colectivismo representa la unificación del esfuerzo productivo, desde el momento en que esta unificación se realice, los campesinos que así obran tienen que comprobar inmediatamente los beneficios, aunque continuaran laborando las tierras con las mismas herramientas que hasta el presente. Pues no se precisa ser ninguna eminencia en matemáticas ni ningún especialista en cálculos, para saber que para labrar tres piezas de terreno, convertidas en una sola, no se precisa el mismo tiempo que de ser labradas por separado. Lo mismo podríamos decir de las demás labores del campo. En todas ellas, la unificación de esfuerzos produciría, como efecto inmediato, un ahorro de horas de trabajo. Ahorro que lo mismo podría destinarse al descanso que al cuidado de detalles, tales como arreglo de márgenes, poda de árboles y hierbas parásitas, y otros que ahora no se atienden por falta de tiempo, pero que todos los campesinos saben, por propia experiencia, la importancia que estos detalles tienen para el rendimiento de la tierra. Aparte de estos beneficios de orden material, hay que añadir los de orden moral, desde el primer momento que los campesinos abandonen su vida de caracol, para trabajar en régimen colectivo.

No puede decirse que se precisa contar, anticipadamente, con unos cuantos centenares de tractores y otra maquinaria, para que sea posible la colectivización. Decir esto, es como si decimos que se precisa un número determinado de tomos para darle el calificativo de biblioteca. Cuantos más y mejores sean los tomos que posea una biblioteca, será más completa y más eficaz. Pero tendrá el mismo calificativo de biblioteca que si sólo tuviera una docena de tomos. Lo mismo podemos decir del colectivismo. Una colectividad agrícola existe desde el momento que varios campesinos unifican sus esfuerzos productivos. A medida que esta colectividad amplie su radio de acción, perfeccione sus métodos de trabajo y organización interna, será más perfecta, más eficaz, pero no más colectivista.

La maquinaria es sólo una posibilidad del régimen colectivista. Posibilidad por partida doble; primeramente porque la colectivización de los trabajos agrícolas permite que la máquina desarrolle toda su capacidad productiva, y, a la vez, esta capacidad productiva produce el rendimiento suficiente para el mantenimiento y amortización de dicha maquinaria. Sin estas dos condiciones, la máquina sería un trasto inútil. Como inútiles resultan el par de mulos si su propietario no tiene el suficiente trabajo para que éstos rindan lo que cuesten de mantener y de compra.

Bien está que se procure proporcionar a los campesinos toda la maquinaria que sea posible y necesiten, pero nunca la falta de maquinaria puede considerarse un obstáculo para la colectivización.

Con maquinaria o sin ella, los campesinos pueden colectivizar sus esfuerzos, y obtener de los mismos un mayor rendimiento que en la actualidad. Para ello, sólo se precisa que los campesinos sientan la necesidad de colectivizarse. A despertar esta necesidad y hacerla cada día más extensa, debemos encaminar nuestros esfuerzos todos cunatos deseamos que el campesino ocupe, en el banquete de la vida, el lugar que le corresponde.

J. BORRAS

Leed diariamente "C N T"